LA SUBVERSION Y LA DESTRUCCION DE LA FAMILIA

POR

JERÓNIMO CERDÁ BAÑULS

Sin duda alguna, a veces se emplea la palabra revolución en una acepción válida, tanto en lo moral como en lo jurídico; es la rebelión contra un falso orden social que conculca el orden natural, presentándose como la única salida a la que hay que acudir, «extrema ratio», y que para esa validez precisa cumplir unas condiciones irrenunciables, tal como nos recordaba hace unos años Michel Federico Sciacca (1).

Pero no es ésa, claro es, la cuestión que nos ocupa. La Revolución, con «R» mayúscula como diría Ousset (2), es palabra que no debiera resultar equívoca; «es una corriente subversiva, ordenada a un cambio completo en nuestras concepciones del hombre y de la sociedad»; y citando al periódico *La Révolution Française* (número de junio de 1879), nos ofrece esta frase, igual de válida entonces como hoy: «El mundo moderno se halla situado en una alternativa: o el triunfo de la Revolución, o un retorno sencillo y puro al Cristianismo».

«La Revolución —ha dicho André Malraux— juega hoy día el papel que había jugado la vida eterna». Diríamos que son las mismas dos banderas de San Ignacio, tan opuestas entre sí, que de ninguna manera pueden admitir esa falsa soldadura del no menos falso progresismo religioso.

Son muy conocidas las palabras de Alberto de Mun, especialmente

(1) «Revolución, conservadurismo y tradición», en *Verbo*, núm. 123 (marzo 1974), pág. 287.

(2) «Para que El reine», *Speiro*, 1972, pág. 85.

Fundación Speiro

para los lectores de *Verbo:* «La revolución es una doctrina que pretende fundar la sociedad en la voluntad del hombre, en lugar de fundarla en la voluntad de Dios... Se manifiesta por un sistema social, político y económico brotado de los cerebros de los filósofos, sin la inquietud de la tradición y caracterizado por la negación de Dios en la sociedad pública. Es ahí donde está la revolución y donde hace falta atacarla».

La Revolución es tan vieja casi como la Creación. «Non serviam», fue el grito de Luzbel en la rebelión de los ángeles. «Seréis como dioses», fue la tentación de la serpiente a nuestros primeros padres, en el Paraíso. La Revolución no es un fenómeno esporádico que haya brotado ahora «ex novo»; no es una especie de «sarampión» del «cambio», como a veces se oye decir a los temerosos, vanamente esperanzados, desde su pasividad, en su rápido fin.

La Revolución tiene raíces muy hondas, tanto en el tiempo como en el pensamiento; es vieja, tan vieja como la serpiente, y no soy yo quien la acusa, sino que ella misma se ufana de ello constantemente; no sé si es casualidad, pero la prensa diaria de estos días, nada contrarrevolucionaria, siempre vanzada y nada proclive a descender por el túnel del tiempo, nos está obsequiando con una frase de propaganda de cierta película: «Abel nació para aceptar el orden constituido. Caín, para destruirlo y cambiarlo por otro más justo. Caín es el símbolo del progreso».

No viene mal acordarnos de Caín; más de una vez nos saldrá al paso en este tema. No viene mal, no, el acordarnos de Caín, porque si primero fue la rebelión del hombre contra Dios, con el pecado de Adán, el pecado de Caín es la rebelión del hombre contra el hombre, y quizás ésta pudiera ser la razón de que, en la Biblia, el relato de Caín venga inmediatamente después del que contiene la caída de Adán, pese a ciertos anacronismos, que no parecen preocupar demasiado a la tradición yahvista, autora de ambos relatos.

Rebelión contra Dios y rebelión contra el hombre, es la rebelión contra el doble Mandamiento que encierra toda la Ley: amor a Dios y amor al prójimo.

Como el efecto sigue a la causa, la rebelión de todos los Caínes es siempre consecuencia de la rebelión de todos los Adanes. Quien

Fundación Speiro

no respeta a su Padre, porque Este es superior y quiere colocarse en su lugar, ¿cómo va a respetar a su hermano, que es su igual? Si trata de suplantar la Voluntad del Padre por la suya propia, ¿a qué voluntad va a querer dejar sometido a su hermano? Soberbia y egoísmo son las dos caras de la misma moneda, o una misma cara vista desde distintas perspectivas.

A veces, con nuestra miopía cobarde y egoísta, somos dados a ver en la Revolución solamente su aspecto incendiario, su aspecto de crimen de esa humanidad. Vemos a Caín matar a Abel, pero pensamos que nosotros no somos Abel y que puede que Caín pase por nuestro lado sin tocarnos, sobre todo si no le irritamos; esto nos lleva a adoptar una postura de salvaguarda, que podemos llamar «prudencia», comprensión, pacifismo, olvido, reconciliación, pacto, etc., sobre todo si las llamas no nos tocan de momento; y nos reconfortamos con la suicida esperanza de que quizás no lleguen a tocarnos; y hasta es posible que preparemos su benevolencia, proclamando «urbi et orbe» que nosotros hemos sido cainitas de toda la vida. Pero la Revolución no es eso, no es un incendio, ni unos crímenes; no es un ataque a nuestra integridad física o a nuestros bienes; eso es una de sus consecuencias, mejor dicho dos: la del incendio y la de nuestra cobardía claudicante.

Oigamos lo que decía monseñor Gaume (3) en el siglo pasado, cuya cita nos la recoge Ousset (4): «Si arrancándole la máscara, le preguntáis (a la Revolución): "¿quién eres tú?", ella os dirá: "No soy lo que se cree. Muchos hablan de mí, pero pocos me conocen. No soy ni el carbonarismo..., ni el motín..., ni el cambio de la Monarquía en República, ni la sustitución de una dinastía por otra, ni los disturbios momentáneos del orden público. No soy ni las vociferaciones de los jacobinos, ni los furores de la Montaña, ni el combate de barricadas, ni el saqueo, ni el incendio, ni la Ley Agraria, ni la guillotina, ni los ahogamientos. No soy ni Marat, ni Robespierre, ni Baboeuf, ni Mazzini, ni Kosuth. Esos hombres son mis hijos, no soy yo. Esas cosas son mis obras, no soy yo. Esos hombres y esas cosas

(3) *La révolution-Recherches historiques*, tomo I-1877, pág. 18.
(4) Ob. cit., pág. 88.

Fundación Speiro

son hechos pasajeros y yo soy un estado permanente. Soy el odio de todo orden no establecido por el hombre y en el cual no sea rey y Dios a la vez. Soy la proclamación de los derechos del hombre, sin preocupación de los derechos de Dios. Soy la fundación del estado religioso y social sobre la voluntad del hombre en vez de la voluntad de Dios. Soy Dios destronado y el hombre puesto en su lugar (el hombre llegando a ser el mismo su fin). He aquí por qué me llamo Revolución, es decir, trastrocamiento....''».

La Revolución es, pues, odio contra Dios y contra todas sus criaturas; en una palabra: es demoníaca. De esa dependencia diabólica abundan los testimonios, no sólo tácitos, sino expresos, clarísimamente expresos, entre sus más conocidos representantes, especialmente de los de los siglos XVIII y XIX: enciclopedistas, volterianos, masones, socialistas, racionalistas de toda índole. Vaya por todos un texto de Proudhon: «¡Ven, Satanás! Ven tú, el calumniado de los sacerdotes y de los reyes. ¡Quiero abrazarte, quiero estrecharte contra mi pecho! Ya hace tiempo que te reconozco y tú también me conoces. Tus obras, ¡oh bendito de mi corazón!, no son siempre hermosas, ni buenas; pero solamente ellas dan un sentido al universo, impidiéndole ser absurdo. ¿Qué sería sin ti la justicia? Un instinto. ¿La razón? Una rutina. ¿El hombre? Un bruto. Tú sólo animas y fecundizas el trabajo. Ennobleces la riqueza. Sirves de excusa a la autoridad. Tú pones el sello a la virtud. Espera un poco, proscrito. No tengo a tu servicio más que una pluma, pero equivale a millones de publicaciones...».

Dostoyevski, conocedor como pocos del socialismo, escribe en su celebre novela *Los hermanos Karamazof:* «El socialismo no es solamente el problema obrero o el del cuarto estado; es, ante todo, la cuestión del ateísmo, de su encarnación contemporánea; es la cuestión de la Torre de Babel, que se construyó sin Dios, no para alcanzar los cielos desde la tierra, sino para abatir los cielos hasta la tierra».

El siglo XX no es tan propenso a esas declaraciones explícitamente satánicas; despiertan una sonrisa incrédula y hasta parecen recursos literarios de un género grandilocuente, tan del gusto de los siglos inmediatamente pasados. La Revolución perfecciona sus métodos y se ajusta a los gustos de la época; no conviene hablar del Demonio, es

Fundación Speiro

preferible, para la acción diabólica entre las gentes de nuestro siglo, que se olviden de él; es preferible jugar al chiste fácil de que «el Demonio es un pobre diablo»; hasta la acción subversiva dentro de la Iglesia, de la que en seguida hablaremos, tenderá a hacerlo olvidar, cuando no a negar su propia existencia, en lo que encontrará un refuerzo de donde menos cabía esperarlo: del propio Papini.

La acción subversiva es ahora más sutil, especialmente en este último tercio del siglo XX, pero por ello mucho más peligrosa. La enorme magnitud de sus resultados está a la vista.

Y no es que oculten demasiado sus propósitos e incluso los métodos; suelen decirlo, unas veces por medio de sus líderes y otras dejando el trabajo para los vociferantes, pero siempre confiantes en que nuestro probado escepticismo, lleno de pereza y de hedonismo, nos hará exclamar al oírlos: «No será tanto».

Hace pocos años, en 1963, la presidente del Partido Comunista Español, Dolores Ibárruri, cuya biografía no hace falta recordar porque es del dominio público, decía en un discurso en el Círculo Julián Grimau, en La Habana: «Ahora sabemos que por la fuerza no obtendremos nada. Pero existen otros medios para alcanzar la victoria; mezclarnos con ellos. Hay muchos de los nuestros situados en puestos de responsabilidad, y ésos abrirán el camino a los demás. Debemos atraernos a los católicos, los estudiantes, la clase media... Es necesario que dividamos sus fuerzas. El fanatismo de la fe ha unido a los españoles. Ante el nombre de Dios se detienen. Por eso es necesario no herir los sentiminetos católicos hasta que podamos imponer nuestra ley. Las nuevas corrientes ya han aparecido entre los católicos franceses, totalmente divididos, pueden ser nuestra gran solución para España».

Los Protocolos de los Sabios de Sión, el *maister plan* para destruir la Iglesia desde dentro, los libros de la llamada «Nueva Teología», libros, discursos, hechos..., nada ha sido suficiente para que la Cristiandad abriera los ojos; siempre cobarde y quietista, se limitaba a acusar, a los que le llamaban la atención de lo que se precipitaba sobre ellos, de «ultras», «carcas», «cavernícolas» y «cazadores de brujas».

La táctica ha sido fructífera en toda la Cristiandad, y especial-

Fundación Speiro

mente abundante y meteórica en España. La realidad está a la vista y no hace falta aducir el más mínimo testimonio. ¿Quién hubiera podido imaginar que en la España tridentina, la España por el Papa..., podían ser recibidos por ciertas jerarquías, sin ahorrar complacencias y eufóricamente aireados por los llamados medios de comunicación social, invitantes e invitados, dos de los más importantes teólogos de esos que están dedicados en cuerpo y alma a destruir la Igesia? Me estoy refiriendo a Karl Rahner y a Hans Küng.

No quiero que nadie me tilde de exagerado; juzguen esto:

Karl Rahner ha escrito en su *Relación a la Comisión Teológica Internacional de 1969* (pág. 27, apartado *b)* lo siguiente: «Si el magisterio de la Iglesia no tiene hoy la valentía y la audacia de retractarse de los errores pasados, no seguirá siendo digno de fe y confianza». Impugna el *Syllabus* de Pío IX, la *Pascendi* de San Pío X, la *Humanae Generis* de Pío XII, la *Humanae Vitae* y el *Credo* de Pablo VI, exigiendo de este último su retractación si quiere que le creamos; se opuso a Pablo VI por la clausura del Concilio Vaticano II, acusándole de haber cortado el arranque profético.

Hans Küng tuvo a bien explicarnos ante las cámaras de la televisión su tesis contra el dogma de la infalibilidad pontificia y sus obras ocupan el lugar preferente de las que siguen llamándose librerías católicas, algunas de ellas pertenecientes a Ordenes religiosas; y a propósito de la apostasía del inglés Davis, escribió en *Informations Catholiques Internationales* (1 de junio de 1967, págs. 26-30) lo siguiente: «Los que quedamos en la Iglesia tenemos muy buenos motivos para hacerlo... No se trata solamente de interpretar la Iglesia, sino de cambiarla». Si esto, además de herético e impío, no les suena a marxismo, esperan unos momentos y les sonará más que un timbal aporreado por un diestro.

De los focos eclesiales que han atizado o encubierto la subversión, incluida alguna residencia importante; de «los cristianos para el socialismo»; de las ya descaretadas «Comisiones Obreras»; de ciertas obras seudoapostólicas; de las posturas de ciertos prelados, etc., es todo ya demasiado público para insistir en su denuncia; hoy ya está todo, o casi todo, a la luz del día y no se precisa del más mínimo esfuerzo para detectarlo; cuando no somos testigos directos, es la

Fundación Speiro

prensa la que nos ilustra con las «ambigüedades» y «ligerezas» de eclesiásticos, de mayor o menor relieve, ellos y sus cosas, como aque, lla tan sonada de aquel eminentísimo personaje que dijo preferir la persona a la verdad.

El Papa Pablo VI conoce, como nadie, esta destrucción constante de la Iglesia desde dentro y no se cansa de denunciarla y reprobarla. Suyas son las conocidas frases: «El humo de Satanás ha entrado en el templo de Dios», «Los que socavan la Iglesia desde dentro», «Las presiones de los hermanos desgraciadamente desviados», los que «camuflan bajo el nombre de conciliares prácticas sacrílegas», «Traidores a la Iglesia», «la incompatibilidad del cristianismo con el socialismo»... Sus condenas del liberalismo, del socialismo, del laicismo, de la moral permisiva... El pasado Miércoles de Ceniza nos habló del «dominio del Diablo sobre la tierra y los mismos hombres». Son muchísimos los textos suyos que podríamos aducir y varias veces repetidos por él en alocuciones y escritos.

Toda esta táctica destructiva desde dentro, «autodemolición», dice el Papa, no es tampoco tan nueva como parece; ya fue usada por la Masonería en otros tiempos, como puede verse, por ejemplo, en la obra maestra de Jean Ousset *Para que El reine,* a la que ya nos hemos referido; en ella se recogen textos públicos y menos públicos, sinceramente escalofriantes.

La Revolución se nutre de todos los errores del pensamiento humano. Desde el viejo monismo de Heráclito: «todo corre» (παηταρει), «no se baña uno dos veces en el mismo río. Lo que es, no es, y lo que no es, es; porque todo deviene y nada permanece»; pasando por los estoicos y epicúreos, con su determinismo, para seguir con las primeras herejías cristianas, en especial la maniquea, siguiendo con el nominalismo de Guillermo de Ockam, negador de las esencias, hasta llegar a la explosión renacentista y al luteranismo, con su determinismo, que pulveriza la libertad, y su libre examen, que pulveriza la verdad y la autoridad y prepara el advenimiento del racionalismo.

El racionalismo significa la ruptura total con la concepción cristiana, puesto que la ataca en su médula, en su piedra angular. Para el Cristianismo, como lo fue también para Aristóteles, Dios es el único Ser necesario, Dios es el Ser «per se»; los demás lo son por otro; es la

Fundación Speiro

concepción teística o teocéntrica. La filosofía llamada moderna que inagura el racionalismo, pretende trasladar ese concepto de ser necesario desde Dios al universo; y ese universo, que es en sí necesario, es decir, que existe «per se», tiene una estructura racional que la inteligencia humana, en progreso constante, a cuyo término, al menos téoricamente, llegará al conocimiento total de la realidad, ya que la realidad tiene una estructura racional. Como muy claramente explica el maestro Rafael Gambra (5), el racionalismo es «un método que exige, por ejemplo, reducir la religión a fenómenos psicológicos; la Psicología, a Fisiología; la Fisiología, a Física; la Física, en fin, a Matemática». Todo esto produce impacto, es fascinante, máxime cuando la Matemática se sienta en su trono de «Ciencia Exacta», para lo cual, claro es, tiene que hacernos olvidar nuestros tiempos de estudiantes, con sus tablas de logaritmos, su número pi, los períodos y otras menudencias, que en medio de nuestra desazón nos hacían sonreír de tan pretencioso título. Pero además, como el progreso de las ciencias es evidente, los conocimientos no se han parado en el saber de aquellas eminencias del racionalismo; en los últimos cuarenta años, la Física Cuántica, que sustenta la edad atómica, ha sacudido los fundamentos de la Física anterior; mientras la vieja Física tenía la pretensión de someter todos los fenómenos físicos a leyes rigurosas e inexorables, la nueva Física se limita a señalar unas tendencias que expresan probabilidades diversas, que dejan subsistente un margen de incertidumbre en la expresión de los fenómenos, siendo en la microfísica rechazada totalmente la causalidad determinista admitida en la macrofísica. Lo mismo ocurre en Genética; y así puede decirse de todas las ciencias humanas. Como muy claramente resume Juan Vallet (6), «no hay determinismo, sino un haz de trayectorias posibles».

Muy interesante sería detenernos un poco en Descartes, Locke, Hegel, Fichte, Kant..., que son las cumbres del racionalismo, pero todo esto excede en demasía los límites de nuestro tema.

---

(5) *Historia sencilla de la Filosofía*, Rialp, 1962, pág. 182.

(6) *Ideología, praxis y mito de la Tecnocracia*, Ed. Montecorvo, 1975, pág. 82.

Fundación Speiro

Es necesario llegar a Marx, porque, el marxismo en frase de Ousset, «corona el pensamiento revolucionario» (7). Vivimos el final de la época de las revoluciones [ésta fue la tesis del Calvo Serer de sus mejores tiempos (8)], porque hemos pasado de las revoluciones a la Revolución total.

De Hegel toma Marx, entre otras muchas cosas, la fórmula de la identidad del ser y de la nada; absurdo, ¿verdad?; tan absurdo, que escandaliza; pero dice Ousset (9): «¿Qué siginifica, nueve veces sobre diez, esta otra fórmula, convenida universalmente: todas las opiniones son buenas?». Con ello, evidentemente, sostenemos la identidad de lo contradictorio y sobre este absurdo hemos montado toda la vida moderna.

Tampoco es posible detenernos demasiado en el pensamiento de Marx, pero es necesario tocar algunos puntos, para ver cómo corona en él el pensamiento revolucionario; si San Pío X pudo decir del modernismo que era la suma de todas las herejías, creo que igualmente podríamos afirmar del marxismo que es la suma de todos los errores filosóficos. Y siendo así, podría alguien preguntarse en qué radica la clave de su aceptación y de su éxito. La respuesta me parece sencilla, aunque para llegar a ella hay que estudiar y pensar mucho, y esto ahora no se estila, quizás también porque el marxismo no quiere que pensemos. La respuesta es que el marxismo no tiene ningún dogma, ni siquiera el de la materia; el marxismo es una praxis, una acción; jamás contiene un solo principio en el que haya que creer, ni por vía de afirmación, ni por vía de negación; es, sencillamente, como aquel título de la comedia de nuestros humoristas Tono y Miura: *Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario*. Marx formula, por ejemplo, su «materialismo dialéctico» y nosotros inmediatamente nos vemos abocados a pensar que, al menos, cree en la materia, con lo que ya tenemos la afirmación de una esencia, aunque sea solamente la de lo tangible; y un poco esperanzados con este punto de apoyo, llegamos a pensar que el marxismo puede llegar a

(7) «Marxismo y revolución», *Speiro*, 1977, pág. 30.
(8) *España sin problema*.
(9) *Marxismo...*, pág. 26.

Fundación Speiro

admitir algún día la realidad del espíritu... Nada más erróneo; Marx habla del materialismo dialéctico, pero todo su acento está en la segunda palabra. Marx no dice «sólo la materia es real»; él lo que afirma es que «sólo el cambio es real», el cambio, es decir, el movimiento, la acción, la praxis. No hay para él ninguna realidad que exista y dure; no hay más que un juego de fuerzas materiales, un cambio incesante; es la reproducción moderna del monismo de Heráclito. Marx es una especie de nuevo Polifemo, aquel gigante de un solo ojo, con el que no alcanza a ver más que el movimiento, pero le falta otro ojo para ver la esencia real de las cosas que se mueven.

Por esa ausencia total de dogmas, su ateísmo no es un ateísmo dogmático; afirmar que Dios no existe es una proposición dogmática, aunque sea de signo negativo; su ateísmo es activo, práctico, dialéctico; es movimiento y lucha. Marx rehúsa creer en Dios, pero igualmente rehúsa el formular la proposición «Dios no existe», porque esto sería hacer metafísica; él ni afirma ni niega nunca una verdad, sólo afirma el movimiento, la praxis, «sólo el cambio es real». No sé por qué me viene a la memoria esa corriente de nuestros progresistas, que dicen que no quieren hablar de ortodoxia, sino de «ortopraxis». ¿Qué opinan ustedes?

«Nuestro programa —dice Lenin (10)— reposa enteramente sobre una filosofía científica, y fundamentalmente sobre una filosofía materialista. La explicación de nuestro programa comprede necesariamente también la explicación de las verdaderas causas históricas y económicas de la intoxicación religiosa del trabajo. Nuestra propaganda comprende, pues, necesariamente, la del ateísmo, la publicación a este fin de una literatura científica. Pero no debemos, en ningún caso, caer en las abstracciones idealistas de los que colocan el problema religioso en el punto de vista de la razón pura, fuera de la lucha de clases, como lo hacen frecuentemente los demócratas radicales burgueses... El marxismo medita la lucha contra la religión de una manera concreta sobre el terreno de la lucha de clases,

(10) *Petite Bibliothèque Lenin*, 8, págs. 8-9.

Fundación Speiro

realmente en marcha, y que educa a las masas más que todo y mejor que todo».

Este ateísmo práctico es mucho más completo que el dogmático, porque niega, incluso, que el hombre sea un animal provisto de razón, de metafísica. «El ateísmo activo —dice Marx (11)— es la ley orgánica del comunismo». Por eso, decía Pío XII (12) que el comunismo era intrínsecamente perverso; y Pablo VI, con todos sus predecesores, insiste una y otra vez en la radical incompatibilidad de marxismo y cristianismo. Ese ateísmo activo no acepta a Dios, porque es una postura negativa total, al no aceptar ninguna realidad estable: ni Dios, ni ninguna cosa; es la acción, la dialéctica, creadora de un mundo material del que forma parte el hombre, como fenómeno de esa materia dialéctica, siempre en transformación por la acción revolucionaria. Por eso no se les pide a nuestros «cristianos por el socialismo» que renieguen de Dios; eso sería estimarles seres con racionalidad, simplemente les piden que participen solamente en su acción, en su praxis; toda la acción está perfectamente ordenada para hacerles olvidar; ya irán adquiriendo un hábito revolucionario que, en su apasionamiento, no les dejará pensar, y el que *no piensa,* no eleva su pensamiento a Dios, es decir, no hace oración, y el que no ora, rompe su ligamento con Dios, deja de estar religado, es decir, de ser religioso, y sin poder señalar cuando ocurrió, se queda flotando en el vacío, deja de ser «fulano de tal», un hombre, un ser, para convertirse en un movimiento fugaz, en una náusea, que diría Jean-Paul Sartre.

Si el hombre no es, si es sólo un movimiento, ¿qué importa que se le pare y se le borre? ¿Qué se pierde con ello? ¿El vuelo de una mosca, el zumbar de un abejorro? ¿Un reloj que se para? ¿Es que acaso el extinguir ese hombre-movimiento significará que no prosiga el movimiento universal? La degradación del hombre no puede descender más; el esclavo, aunque no se le considerase como persona, al menos se le consideraba como una cosa; el hombre nuevo del marxismo ni

(11) *Economía Política y Filosofía.*
(12) *Divini Redemptoris,* núm. 58.

Fundación Speiro

siquiera es una cosa; volvemos a la afirmación del principio: en Marx el ser y la nada se indentifican.

Para el marxismo, la idea de Dios es una creación del hombre; una transposición de su propio movimiento, de sus poderes a una idea que él crea y a la cual se aliena, practicando una religión que es opio del pueblo, especie de lenitivo o evasión para hacer más llevaderos sus males, algo así como la aspirina. «Al crear a Dios —dice Baas (13)—, el hombre se despoja de él mismo; ha atribuido a Dios una potencia y un poder de dominar la naturaleza que, de hecho, no pertenecen más que al hombre mismo. Este despojo del hombre por el hombre, en beneficio de la idea de Dios, se llama, en lenguaje marxista, 'la alienación humana'. El hombre, en la religión, enajena su poder en beneficio de la idea de Dios... Corresponde a la crítica marxista denunciar esta ilusión, recuperar las fuerzas humanas alienadas y de dar al hombre su verdadero destino humano».

Quizás, alguno pueda estar pensando que, al menos, en medio de tanto negativismo, queda en pie la preocupación por los proletarios, el deseo de hacerles mejorar de condición, lo que llaman su «humanismo»; pero el caso es que, al marxismo, todo eso no le interesa; si a Marx le interesa el proletariado es porque es una fuerza; lo contrario sería creer que el proletario era un ser y esto Marx no lo admite de nada. Veamos lo que dice Liu-Chao-tchi en su informe del 14 de junio de 1950: «La reforma agraria es una lucha sistemática y brava contra el feudalismo... Su fin no es dar tierras a los campesinos pobres, ni aliviar su miseria; esto es un ideal de filántropos, no de marxistas. La repartición de las tierras y de los bienes puede beneficiar a los campesinos, no es éste el fin perseguido. El verdadero fin de la reforma agraria es la *liberación de las fuerzas del país*».

Gramsci, Berlinguer, Carrillo..., qué sencillo todo; ha bastado que se hayan puesto la etiqueta de un nombre eufónico, «eurocomunismo», para que la simpleza liberal y todo el cortejo de temerosos hayan creído que estábamos ante algo nuevo y hasta tolerable e

(13) *Le matérialisme marxiste*, pág. 23.

Fundación Speiro

incluso plausible; pero de nuevo, sólo el nombre, y éste de prestado, porque lo inventó Indro Montanelli (14) y su periódico.

Estamos ante la Revolución total, de la que la revolución liberal no ha sido más que una etapa, que está dando sus últimos estertores, y en la que los españoles nos hemos vuelto a meter, no creo que por nuestro amor a la muerte, como suelen pintar los que de cuando en cuando exhuman nuestra raíz senequista; nos hemos vuelto a meter, quizás, y sin quizás, porque no la habíamos abandonado del todo y la subversión no ha escatimado medios para mantener, y después avivar, esos rescoldos.

La Revolución total no para en medios, por eso es total; si alguna vez parece que se detiene frente a algo, o es porque tropieza, o porque así se lo dicta su conveniencia del momento. Releamos algunos fragmentos del discurso de Lenin ante la tumba de Marx, que recoge Trotsky: «No me detendré un solo momento cuando tenga que aplastar y deshacer lo que se oponga a nuestra marcha; pisotearé, infamaré y desharé, sin que ningún freno me lo impida. No tengo mío más que la idea y soy capaz de defenderla con la palabra, con las uñas, con la horca y con las bayonetas...». En otra ocasión, después de tomar parte en un asalto a una Oficina de Correos y apoderarse de sus fondos, escribió Lenin: «Los viejos prejuicios burgueses deben desaparecer. Nosotros tenderemos a transformar la mentalidad de los que se atreven a llamarse socialistas. La moralidad y el modo estrictamente legal de lucha no son para nosotros; llevamos la revolución no solo a la vida, sino a todas las concepciones legales humanas.» Las citas podrían multiplicarse hasta el cansancio.

«Odio contra Dios, su Cristo y su Iglesia», denuncia Jean Ousset (15), «Envilecer, corromper, aniquilar a esta humanidad a la que el Hijo de Dios quiso descender, tal es el frenesí demoníaco. De ahí una incoercible necesidad de destruir y de corromper. Destrucción moral, destrucción intelectual, destrucción política y social, destrucción de la misma vida corporal».

---

(14) Indro Montanelli: «Una voz que desentona en el coro», en *Nuestro Tiempo*, marzo 1977, pág. 302.

(15) *Para que Él reine*, pág. 102.

Fundación Speiro

Estamos ante la subversión contra Dios y ante la subversión contra el hombre, en un solo acto bifronte; la criatura, llámese Voltaire, llámese Marx, Lenin o como se quiera, es instrumentalizada por la serpiente, «el más astuto de todos los animales del campo, que Yahveh Dios había hecho», como dice el Génesis (16).

«Caín, Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?» (17). Pero los nuevos Caínes no dialogan con Dios, no pueden escuchar su reproche, ni su maldición, por lo que ni tan siquiera pueden exclamar: «Mi culpa es demasiado grande para soportarla». No sienten ni el miedo de Dios, ni el miedo de los hombres; después de ser homicidas, siguen sólo la ruta de Caín construyendo una nueva ciudad y así lo proclaman: «la tierra será un paraíso, la patria de la humanidad», agrupados todos en esa lucha final...

Ese propósito rupturista total aparece explicitado por primera vez en la Historia con la Revolución Francesa de 1789; se trataba expresamente de una reedificación de la sociedad sobre bases completamente nuevas; es un corte radical, un abismo que se abre. «Semejante corte —dice Tocqueville— (18)— es verdaderamente único en la Historia... El espíritu de ruptura, la voluntad consciente y cínicamente confesada de la Revolución, fue, en realidad, bastante rara en la historia de los ideales políticos, más rara todavía en los hechos. Nadie duda, pues, que, con este título, la Revolución francesa haya merecido llamarse 'La Revolución'».

«Frenesí satánico, placer de la nada, de la tabla rasa, de la negación del ser, de la negación de la estabillidad, de la negación de la paz social» (19). «Ideal que el marxismo —dice Ousset— llevará explícitamente a su perfección», «voluntad de la revolución permanente que los acontecimientos de mayo-junio de 1968 han visto transformarse en contestación permanente y universal».

La familia, los cuerpos intermedios, las naciones, todo lo natural, en trance de aniquilación, por principio y por sistema.

---

(16) *Génesis*, 3-1.
(17) *Génesis*, 4-9.
(18) Prefacio de su obra *El antiguo régimen y la Revolución.*
(19) *Para que Él reine*, pág. 113.

Fundación Speiro

Servan-Schreiber (20) escribe en nuestros días: «La ley natural de las cosas, he ahí el enemigo».

André Plulin (21): «No creo ni en leyes naturales, ni en el derecho natural, ni en una moral natural; los valores que han inspirado mi acción, no han sido jamás resultado de una sumisión a lo real... El hombre libre no se inclina jamás ante lo real».

Tierno Galván (22): «No los dogmas, sino el progreso, es lo que hace avanzar a la Historia».

Cohn Bendit exclamará: «Vamos hacia un cambio perpetuo de la sociedad provocado en cada etapa por acciones revolucionarias» (23).

Es la revolución permanente y la famosa revolución cultural del maoísmo. Es el «Pedid lo imposible», que figuraba como «slogan» de los sucesos de mayo de 1968.

En esa ruptura total de la sociedad ocupa un privilegiado puesto la destrucción de la familia; un puesto tan en primer lugar, que me atrevo a decir que para la subversión es preferente, al menos en el tiempo, a la destrucción de la misma Iglesia.

Los esposos, como tales, estan llamados a realizar la santidad de la Iglesia: son su perpetuación; y el carácter sacramental del matrimonio no hace sino confirmarlo.

La subversión, lógicamente, no aprecia ni la santidad ni el sacramento, pero ni al más lerdo revolucionario se le escapa que la familia es fuente de perpetuación eclesial.

Los ataques a la institución familiar, al menos en algún aspecto, son antiquísimos. El Génesis parece querer recordárnoslo, al presentarnos, entre los descendientes de Caín, a Lámek, del que nos dice que tomó dos mujeres (24); ya tenemos ahí la poligamia, y como el pecado produce pecado, Lámek relata a sus mujeres que mató a un hombre por una herida que le hizo y a un muchacho por un cardenal. Cristo restaura la Ley y nos recordará el matrimonio monogá-

---

(20) Manifiesto en *L'Express*, de 2 de febrero de 1970.
(21) *Analyses et prévisions*, VIII, 1969.
(22) Discurso de Elche.
(23) *Le nouvel Observateur*, de 20 de mayo de 1968.
(24) *Génesis*, 4-19.

Fundación Speiro

mico e indisoluble del principio, en aquel conocido pasaje del Evangelio de San Mateo (24 bis).

Ese matrimonio monogámico e indisoluble, elevado por Cristo a la dignidad de sacramento, base de la familia cristiana, es siempre víctima predilecta de los ataques de toda la historia de la Revolución. Lutero le quitó la sacramentalidad y lo dejó sometido al poder civil; Enrique VIII atacó su indisolubilidad; los neomalthusianos, su fecundidad; para Marx, las relaciones entre hombre y mujer se limitan a reproducirse (25). El ataque a la familia, en nuestros días, es total.

A la Revolución no se le ha escapado nunca el carácter que tiene la familia, de célula fundamental de la sociedad, independientemente del carácter sacramental del matrimonio católico. Es aquello que resumía Cicerón, en aquella hermosa frase que, casi sin darnos cuenta, aprendíamos los estudiantes de Derecho: «Principium urbis et quasi seminarium reipubliquae». La familia es universal en el espacio y y en el tiempo; de ella ha dicho Martín Ramirez (26), con mucha exactitud: «La familia es la única institución social, junto con la religión, que se ha desarrollado formalmente en todas las sociedades, ya sean monogámicas o poligámicas, endogámicas o exogámicas». Es lógico que quien quiera destruir la sociedad, comience por estos dos pilares fundamentales.

Todo el pensamiento filosófico que prepara la Revolución francesa ataca duramente a la familia, a la par que hace sus diabólicos alardes de impiedad. Rousseau proclama su ideal del buen salvaje; Voltaire canta la independencia de los animales. En Italia, Piccolo Tigre declara que, «para ahogar mejor todo germen católico y cristiano, hay que aislar al hombre de toda su familia y llevarle a la pérdida de toda moral». En la Gran Bretaña, Vezinier escribía en Londres lo siguiente: «Para negar la divinidad, hay que afirmar al hombre, su fuerza y su libertad. En cuanto a la familia, *la repudiamos con*

(24 bis) 19-4 a 9.
(25) *La ideología alemana*, pág. 76.
(26) Voz «familia» en la enciclopedia GER.

Fundación Speiro

todas nuestras fuerzas en nombre de la emancipación de toda la humanidad».

La revolución liberal, con su negación del orden natural y cristiano y con su dogma de la soberanía popular que, como decíamos al principio, trata de sustituir la Voluntad de Dios por la voluntad ambulatoria del hombre, con el raciocinio oscurecido por el apetito, es la premisa necesaria, cuyas consecuencias serán llevadas, hasta los últimos extremos, por las corrientes revolucionarias que le siguen. Presumen del culto a la razón, y a la pobre razón la extravían, al suprimirle el objeto de su conocimiento, que es la vedad. La lógica del raciocinio ya no tendrá por base la realidad, la esencia, lo que es por orden divino natural o revelado; será un «a priori» utilitario; lo que me apetece; lo que brota de mis ideas, que no tienen una realidad ni una validez objetiva, por lo que a nadie se le pueden imponer; por ello la función del Estado será seguir la voluntad de la mayoría, que escrutará por el sufragio universal; éste es el liberalismo democrático que emana de Locke: el individualismo. Kant, por el contrario, sentará las bases del colectivismo y del totalitarismo, trasladando ese análisis psicológico individual a un espíritu universal del que participan todos los hombres, espíritu universal que Fichte y Hegel encarnarán en el Estado, al que considerarán una realidad primaria, que se justifica por sí mismo. Sus discípulos Feuerbach, y sobre todo Carlos Marx, realizarán la inversión del pensamiento hegeliano, sustituyendo ese espíritu universal por la materia: la idea no es sino el producto de un órgano material: el cerebro del hombre, quien, a su vez, no es sino una parte de la materia, que no es una realidad, una esencia, sino un movimiento.

Nunca nos hemos de cansar de poner en evidencia estos principios, porque, como decía Vázquez de Mella, levantamos tronos para los principios y cadalsos para las consecuencias; ésta es la mayor de las incongruencias, de las irracionalidades del racionalismo.

Todos los liberales acaban siempre asustándose de las consecuencias marxistas (y siendo sus víctimas, por descontado); es algo así como abrir la puerta y quejarse luego de la corriente de aire.

Fundación Speiro

Ya lo advirtió Donoso Cortés (27): «La escuela liberal no ha hecho otra cosa sino asentar las premisas que van a parar a las consecuencias socialistas, y las escuelas socialistas no han hecho otra cosa sino sacar las consecuencias que están contenidas en las premisas liberales. Esas dos escuelas no se distinguen entre sí por las ideas, sino por el arrojo..., el socialismo lleva lo mejor de la batalla, y que en definitiva suyas son las palmas de este combate». «La escuela liberal y racionalista —dice en otro lado Donoso (28)— proclama la perfecta igualdad de todos los hombres, por lo que, siendo los hombres perfectamente iguales entre sí, es una cosa absurda repartirlos en grupos, ya que esa repartición no tiene otro fundamento que la solidaridad de esos mismos grupos, solidaridad que es el origen perpetuo de la desigualdad entre los hombres»; por eso, sigue diciendo Donoso, «los socialistas, después de haber negado la familia como consecuencia implícita de los principios de la escuela liberal..., niegan la propiedad, como consecuencia última de todos estos principios... Por último, proclama al Estado como propietario universal y absoluto de todas las tierras... Una vez consumada la disolución de la familia en nombre de los principios de la escuela liberal, la cuestión de la propiedad viene agitándose entre los individuos y el Estado únicamente. Ahora bien, planteada la cuestión en estos términos, es una cosa puesta fuera de toda duda que los títulos del Estado son superiores a los de los individuos, como quiera que el primero es por naturaleza perpetuo y que los segundos no pueden perpetuarse fuera de la familia».

Los liberales, tan amantes de su libertad a ultranza y del derecho de propiedad, porque sin una base económica independiente no hay libertad posible, porque se cae en las garras del amo absoluto [lo que reconocía ya hasta el mismo Proudhon (29)], parece que no habían caído demasiado en la cuenta, y siguen sin apearse del burro, que orden divino natural-familia-propiedad-libertad es una cadena

---

(27) *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo,* Colección Austral, pág. 179.

(28) Ob. cit., págs. 177 y 179.

(29) *Teoría de la Propiedad,* Madrid, 1879, págs. 147 y 217.

Fundación Speiro

a la que no se puede atacar ninguno de sus eslabones, sin que quede destruida en su totalidad. Pero ellos, claro, con arreglo a la máxima kantiana, no quieren conocer la realidad, sino dominarla, para construirla según su voluntad, y se les caen las piezas de las manos, mientras el marxismo les va construyendo un mostruo.

La implantación del liberalismo económico fue nefasto para la institución familiar al abrir las puertas de la fábrica para la mujer y arrancar a los hijos del hogar, pero esto jamás se lo reprochó Carlos Marx, que veía en ello una etapa necesaria para la destrucción de la familia tradicional. Veamos un texto de *El Capital* (30), en el que, después de haber criticado la esclavitud liberal, dice: «No queda más que la gran industria, por el papel que asigna a las mujeres, a los adolescentes y a los niños de los dos sexos, en el proceso de la producción socialmente organizada y fuera de la esfera familiar; colocar una nueva base económica para una forma superior de la familia y las relaciones entre los dos sexos. Naturalmente, será tan absurdo considerar como absoluta la forma germano-cristiana de la familia como las antiguas formas romana, griega y oriental, que forman además una serie de desarrollos históricos sucesivos... Del sistema de la fábrica ha salido el germen de la educación del porvenir, que unirá para todos los niños por encima de cierta edad el trabajo productivo a la instrucción y la gimnasia...»

«Sobre qué bases descansa la familia burguesa actual?», nos dirá en el *Manifiesto comunista,* «sobre el capital, sobre el beneficio individual».

Su compañero Engels escribirá su obra *El origen de la familia* en la que figuran frases como éstas (31): «La liberación de la mujer... exige la supresión de la familia individual como unidad económica de la sociedad», «La monogamia se manifiesta como el sometimiento de un sexo a otro... El primer antagonismo de clase que apareció en la Historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia, y la primera opresión de clase con la del sexo femenino por el masculino». El mismo

(30) Volumen III, pág. 178.
(31) Págs. 65-66.

Fundación Speiro

Engels, en su obra *Principios del comunismo* (32), nos ofrece este luminoso texto: «La transformación —de las relaciones entre los dos sexos— será posible en el momento en que se suprima la propiedad privada, en que se eduque a los hijos en común y se destruyan los dos pilares principales del actual matrimonio, a saber, la dependencia de la mujer del hombre y la de los hijos respecto de los padres».

Creo que no es ocioso que recordemos que todo esto fue escrito hace más de un siglo, y que paso a paso, a veces sin darnos cuenta, estamos ya en su floreciente realización.

Otro texto, éste de Kollontai, en su obra *La familia y el Estado Comunista* (33): «No es la antigua familia con su cuidado exclusivo de los suyos lo que nos va a formar el hombre de la sociedad de mañana; lo que nos va a formar el hombre nuevo de la sociedad nueva son las obras socialistas, tales como los campos de juego, jardines, hogares y tantos otros, donde el niño pasará la mayor parte de la jornada y donde sabios educadores harán de él un comunista consciente de la grandeza de esta divisa sagrada: solidaridad, camaradería, ayuda mutua, entrega a la colectividad».

Por ello, ha podido escribir nuestro amigo Penfentenyo (34) «que se deduce, 'naturalmente', que la revolución social depende de la revolución en el seno de la familia. La unión libre, la puesta de los hijos a cargo del Estado, la emancipación de las mujeres, es decir, su enrolamiento en el colectivismo revolucionario, y su politización, no son sino medios de una transformación más completa de la sociedad».

La Revolución sigue avanzando en nuestros días, en los que aparecen toda una serie de corrientes revolucionarias que realmente no son nuevas; unas veces son radicalizaciones de ciertos aspectos del marxismo y otras un cierto revisionismo puritano, pero siempre representando meras consecuencias de los mismos fundamentos de la Revolución. En otra ocasión ya me ocupé de algunas de ellas, en mi

(32) Pág. 29.
(33) Pág. 7.
(34) «El proceso legal contra la familia», *Speiro*, 1970, pág. 7.

Fundación Speiro

trabajo «La socialización de los nacimientos» (35): se trata del «neomarxismo», del «neoanarquismo», del «freudo-marxismo» y del erotismo o «liberación sexual» de Marcuse. Sin ánimo de ofrecer ni tan siquiera una visión sintética de cada una de estas corrientes, sí que me parece importante referirme a algunos de sus puntos que inciden de lleno en nuestro tema.

El neomarxismo tiene su mejor exponente en la llamada Escuela de Frankfurt y representa una síntesis de marxismo y freudismo, con lo que ya se adivina que el tema sexual y el ataque familiar se radicaliza hasta la perversión.

En esta dirección figura Wilhelm Reich, cuya obra *La revolución sexual* está difundidísima en los países de la Europa Occidental; en ella rechaza toda moral sexual represiva, admitiendo la homosexualidad y el amor libre y rechazando totalmente la familia; «la familia es el talón de Aquiles de la sociedad», «es la célula elemental del capitalismo», «el matrimonio es una institución conservadora que no descansa más que sobre los intereses económicos»; considera a la familia como una miniestructura que prepara para la aceptación de la macroestructura capitalista, siendo la célula necesaria para mantener la idea de propiedad y de patrimonio familiar (recordemos la cita que antes hemos hecho de Donoso Cortés); para Reich, la autoridad del padre no es más que el calco de la autoridad del jefe de empresa o de la autoridad pública del Estado capitalista y se propaga por el proceso de educación, que en gran parte está en manos de la Iglesia (olvidando que la autoridad del padre es anterior a la empresa, al Estado y a la misma Iglesia, pero, claro, por anacronismo más o menos no va a parar sus ataques); por ello, sigue diciendo Reich, es en el proceso educativo en el que hay que intervenir, si se quiere preparar jóvenes para la revolución, y como la educación plantea sus exigencias más rigurosas en el campo de la sexualidad, es ahí donde hay que incitar a los jóvenes y a sus educadores (sacerdotes y laicos) a la rebelión.

¿Espeluznante y nauseabundo, verdad? Pues estos mismos días los seminaristas de esta ciudad de Valencia han recibido una carta

(35) Publicada por *Speiro*, 1976, págs. 8 y sigs.

Fundación Speiro

suscrita por un llamado «Grupo de sacerdotes del País Valenciá», que en muchos aspectos deja a Wilhelm Reich en mantillas.

Por último, Wilhelm Reich se muestra partidario del colectivismo sexual que abrirá el camino al colectivismo social.

En esa síntesis de marxismo y freudismo no podemos olvidarnos de Marcuse y de su obra *Eros y Civilización*, que ha influido poderosamente en el maoísmo y en los sucesos revolucionarios de mayo de 1968 en Francia. Marcuse es una especie de discípulo crítico de Marx y de Freud; critica la sociedad represiva, tanto capitalista como comunista, que lleva al hombre unidimensional u hombre consumista, lo que influirá en el maoísmo; pero critica también a Freud, que estima que la sociedad civilizada sólo es posible con la represión de los instintos, especialmente del instinto sexual. Marcuse pretende, entonces, demostrar «la posibilidad de un desarrollo no represivo de la libido» que conduciría a una civilización verdaderamente libre, que es aquella en la que la libertad no es otra cosa que la libre satisfacción de los individuos; esa liberación de la libido sería una transformación de la misma, con tal de que se suprima la primacía de la función genital, con lo que se llegaría a la erotización de toda la personalidad.

En el «Manifiesto contra la represión sexual» que apareció en las paredes de La Sorbona, en el antes referido mayo francés (típicamente marcusiano), podían leerse cosas como éstas: «El CAPR (Comité de Acción Pederástica Revolucionaria) hace un llamamiento para que vosotros, pederastas, lesbianas, exhibicionistas, invertidos, etc., toméis conciencia de vuestro derecho a expresar con toda libertad vuestras opciones en particularidades amorosas, y a promover mediante vuestro ejemplo una verdadera liberación sexual, que tan necesaria es a las pretendidas mayorías como a nosotros. Es absurdo que un hombre se vea condenado por el matrimonio, o por las conveniencias sociales, a no amar más que a una sola mujer durante toda su vida. Es odioso que una mujer sea juzgada como de mala vida si no es fiel a un solo compañero sexual. El amor-procreación no debe ser el único. *¡Viva el amor-juego!*, ¡viva el placer!, ¡viva la li-

Fundación Speiro

bertad!». Marcel Clement comenta este *Manifiesto* con esta frase: «Es difícil caer más bajo» (36).

En cuanto al maoísmo y su revolución cultural, representa una especie de austeridad totalitaria basada en una pobreza proveniente de la destrucción de toda la cultura humana anterior al comunismo. Hay que destruir la memoria de la humanidad, borrar de su inteligencia toda la herencia humana. Una plaga de cincuenta millones de «guardias rojos» fueron lanzados al asalto del pasado, destruyendo todo vestigio. En la nueva sociedad la vida es común: comidas, lecturas, decisiones...; no hay matrimonios antes de los treinta años, porque el amor es secundario respecto a la lucha por el triunfo de la revolución; y el sometimiento del individuo a la organización es total, incluso el más íntimo pensamiento.

Penfentenyo nos recoge estas frases de Deniel Guerin de una entrevista publicada por *Le Monde* del 15 de noviembre de 1969: «La revolución no puede ser solamente política, sino que debe ser al mismo tiempo cultural, sexual y transfigurar así todas las fisonomías de la vida y de la sociedad... Si la generación de mayo ha descubierto de nuevo a Reich, es porque militaba al mismo tiempo en la revolución social y en la revolución sexual» (37).

Por último, refiriéndonos brevemente al neoanarquismo (38), digamos que, partiendo de la bondad fundamental de la naturaleza humana, achaca su perversión a la institución política de las relaciones humanas y busca una nueva vida comunitaria de carácter mutualista, lanzándose también a la contracultura y a la evasión; son los «hippis»; su gran foco es Inglanterra, de la que dijo Dillon MacCarthy (39) que desde 1964 se estaba convirtiendo «en el paraíso de los pederastas y pornógrafos».

Todos estos excesos los estamos viendo plasmados en la sociedad del mundo llamado occidental, contrastando con una cierta mora-

---

(36) «El comunismo frente a Dios», *Speiro*, 1974, pág. 128.

(37) Ob. cit., pág. 8.

(38) Ver «Neomarxismo y Freudomarxismo», de Eugeen de Jonghé, en *Nuestro Tiempo*, septiembre de 1974, núm. 243.

(39) *The Crusader*, julio-agosto 1969.

Fundación Speiro

lidad, y también cierta protección a la familia, en los países de la Europa comunista. No hace falta esforzarse mucho para comprenderlo, porque una es la técnica de ataque y otra la técnica de defensa: desmoralizar al enemigo y fortalecer la moralidad de los propios combatientes. Todo está en la lógica del sistema racionalista; lo que pasa es que el «a priori» es distinto en uno y otro caso.

Triunfante la Revolución, todo se programa según lo que sea más útil para el omnipotente Estado, utilidad que sigue siendo cambiante y que se impone con el rigor de la disciplina totalitaria, con normas, no sólo sucesivamente contradictorias, sino, a veces, incluso simultáneamente opuestas entre sí. Rusia inserta en sus planes quinquenales la política de población; en otra ocasión ya me ocupé de ello (40): triunfa la Revolución y se intenta la destrucción de la familia como institución burguesa, según la califican; pero en 1930 reacciona Stalin, porque precisa un crecimiento de la población por razones político-militares, y prohíbe el aborto, favorece las familias numerosas y obstaculiza el divorcio; en 1955 se liberaliza el aborto, porque temen un excesivo crecimiento de la población que les cree problemas de nivel de vida, que está contrastando demasiado con Occidente, pero no se permite la pornografía, ni el alcoholismo, ni la vida licenciosa occidental, porque todo eso va contra la fortaleza física y la disciplina que se precisa para «la lucha final». Las inconsecuencias de armamentos fuertes y soldados débiles, con retaguardias podridas, están bien para los suicidas Estados occidentales; la serpiente es astuta y perversa, pero no imbécil.

Hay una anécdota en la vida de Carlos Marx extraordinariamente ilustrativa al respecto. Su discípulo Paul Lafargue se enamoró de su hija Laura, con la que acabó casándose en 1868, después de una serie de peripecias, ya que el futuro autor de *El derecho a la pereza* no le ofrecía demasiada solvencia moral y económica al autor del *Manifiesto comunista.* Hay una carta de Carlos Marx a su futuro yerno, de 13 de agosto de 1866 (41), en la que le escribe lo siguiente: «Usted me permitirá hacerle las siguientes observaciones: 1.ª Si

(40) «La socialización de los nacimientos», *Speiro,* 1976, pág. 27.

(41) Puede verse en *El derecho a la pereza,* del propio Lafargue, en la

Fundación Speiro

quiere continuar sus relaciones con mi hija, tendrá que reconsiderar su modo de 'hacer la corte'. Usted sabe que no hay compromiso definitivo, que todo es provisional; incluso si ella (Laura) fuera su prometida en toda regla, no debería olvidar que se trata de un asunto de larga duración. La intimidad excesiva está, por ello, fuera de lugar, si se tiene en cuenta que los novios tendrán que habitar la misma ciudad durante un período necesariamente prolongado de rudas pruebas y de purgatorio... A mi juicio, el amor verdadero se manifiesta en la reserva, la modestia e incluso la timidez del amante ante su ídolo, y no en la libertad de la pasión y las manifestaciones de una familiaridad precoz. Si usted defiende su temperamento criollo (Lafargue había nacido en Cuba), es mi deber interponer mi razón entre ese temperamento y mi hija... 2.ª Antes de establecer definitivamente sus relaciones con Laura necesito serias explicaciones sobre su posición económica. Mi hija supone que estoy al corriente de sus asuntos. Se equivoca. No he puesto esta cuestión sobre el tapete porque, a mi juicio, la iniciativa debería haber sido de usted. Usted sabe que he sacrificado toda mi fortuna en las luchas revolucionarias. No lo siento, sin embargo. Si tuviera que recomenzar mi vida, obraría de la misma forma... Pero, en lo que esté en mis manos, quiero salvar a mi hija de los escollos con los que se ha encontrado su madre...». Siguen los consejos en la carta por estos derroteros moralizantes y, ¡asómbrense ustedes!, la boda por fin se celebrará dos años después, una vez que Marx aceptara las condiciones económicas «muy favorables» que propusieron los padres del novio. Toda esta refinada hipocresía de predicar la Revolución fuera y guardar su casa, me recuerda aquella observación agudísima que solía hacernos mi maestro Corts Grau de que el *Manifiesto comunista* dice: «Proletarios, uníos», pero no dice «unámosnos».

Anécdotas muy significativas, pero, al fin, anécdotas. Pero no todo son anécdotas, como ustedes han podido apreciar en lo que he dicho, pese a la estrechez de límites de una conferencia. El pue-

---

Introducción de Pérez Ledesma. Edit. Fundamentos, 1973, pág. 14. Esta carta está citada por Girault en su Introducción a los *Textos Escogidos*, de Lafargue.

Fundación Speiro

blo, convertido en masa, lo ignora todo y la Revolución sigue avanzando por esa multiplicidad de frentes, hijos todos del racionalismo.

Hace escasos días, publicaba el diario *YA* (1-XII-77) una carta de un lector (el doctor Soroa y Pineda), que titulaba «Destrucción familiar»; en ella denuncia un programa que hace ya años se inició en Norteamerica, «que busca como objetivo la destrucción de la familia»... «Fomentando el amor libre, la emancipación prematura de los hijos, la asistencia a escuelas de hierofantes, que enseñan las más precoces aberraciones de la sexualidad», enseñan a las niñas a evitar las gestaciones y, llegado el caso, a acudir a «desembarazarse», hay incluso premios. De Inglaterra cuenta «que en cada curso quedan encintas más de cinco mil niñas de menos de doce años», cuyas supuestas vacaciones en el campo son para ocultar a sus padres la estancia en clínicas para abortar... El doctor Soroa llama la atención de que «aquí, en España, ya se va infiltrando la siembra y germinando todas esas inmoralidades»; en efecto, lo estamos viendo todos, pero la subversión va quemando etapas, a marchas forzadas, para recuperar el tiempo perdido; parece ser que somos el asombro del mundo. Cuando hace poco más de dos años, don Pablo Castellanos pronunciaba en la Universidad Complutense aquella frase: «El matrimonio, la familia, he ahí nuestro enemigo al que hay que combatir», era todo un programa, cuyo desarrollo acelerado estamos viviendo: la pornografía en la prensa, espectáculos, en la vía pública; los ataques directos e indirectos en radio y televisión al matrimonio y la familia, a veces con escandalosas intervenciones clericales; el emponzoñamiento de las librerías; la destrucción religiosa y moral de los centros de enseñanza, incluidos, claro está, los religiosos, muchos de ellos convertidos en centros de perversión de los hijos de las familias cristianas, y aquí hay demasiados testigos que lo están sufriendo en su propia casa; los sacrilegios y tantas, tantas cosas, que están haciendo empequeñecer lo acaecido en otras épocas, no demasiado lejanas. En los años treinta se propagó aquel *slogan* «hijos, sí; maridos, no»; ahora ya, ni hijos. Y desde el «nosotras también somos adúlteras» al «homosexual, libérate», pueden incluir ustedes todos los absurdos sexuales y todos los ataques a la familia que se les ocurran, y todavían puede que el cuadro sea pálido reflejo del desguace de la fa-

Fundación Speiro

milia y, con ella, de la sociedad española; hemos pasado directamente a la liberación sexual de Marcuse, atropellando las leyes que siguen vigentes, pero que no se aplican; pero, eso sí, se proclama que somos un Estado de Derecho.

No deja de ser ilustrativo que en nuestra flamante y a la vez vetusta democracia liberal, con su voluntad soberana del pueblo en términos copiados de la Constitución de 1869, todos sus prohombres, unos a las claras y otros a hurtadillas, en vergonzante condescendencia estos últimos, por aquello del mal menor, se hayan lanzado al unísono, con preferencia a cualquier otro tema, a pedir el matrimonio civil, el divorcio, los anticonceptivos y anovulatorios; la despenalización del aborto, del adulterio y del amancebamiento; la estatalización o socialización de la enseñanza, el laicismo más exacerbado, la moral permisiva, etc., a veces, es verdad, con algún frenazo o algún desmentido, pero que en la atmósfera en que nos movemos es ya imposible de creer.

Quisiera equivocarme, pero desde mi punto de vista de cristiano, que es desde el único que estoy hablando aquí, la situación actual la estimo mucho más grave que la de otras épocas revolucionarias, porque en el satanismo actual contamos, además, con que «el humo de Satanás ha entrado en el Templo de Dios», y ya sabéis que es frase de S. S. Pablo VI, en su homilía de la fiesta de San Pedro de 1972; no es necesario repetir nada sobre este punto, pues es tema al que ya me he referido antes. Pero sí que diré algo, de lo que algunos de los presentes son testigos; hace poco más de un año, alguien me contó la frase que había oído a un santo obispo español: «El divorcio será el regalo de bodas que la Conferencia Episcopal Española se prepara a hacer a la nueva democracia; habrá silencios, un cierto disimulo, pero ya lo verán ustedes». La frase es dura, muy dura, pero, por desgracia, a un solo año de distancia, no creo que haya nadie que pueda decirme que esto no es verdad, porque tendré que decirle que ni ve la televisión, ni lee los periódicos, ni quiere enterarse de nada, porque unos han hablado ya; otros, debiendo hablar, han callado, y sólo unos pocos se han atrevido a gritar la verdad, son los que no dejan extinguirse aquella «Voz que clama en el desierto».

Fundación Speiro

El panorama es desolador y una esperanza meramente natural no tiene sentido, y también es tentar a Dios el esperar que nos envíe a sus Angeles a labrarnos el campo, como a San Isidro, o a quitarnos las cadenas, como a San Pedro. Es frase de Ousset (42) que «Dios sabe respetar el determinismo de su obra, no negando al impío el fruto normal de su labor... Si mañana la Revolución venciese, sería justo». Es cierto; casi tres siglos de ataque renovado; en 1903 Lenin contaba sólo con diecisiete personas y sesenta años después «el aparato comunista en el mundo utiliza sobre dos millones de comités, células, círculos, asociaciones. Cada año se invierten dos mil millones de dólares; cada año se proyectan doscientas películas de largo metraje (sin contar los millares de películas cortas); cada año se imprimen ciento veinte millones de libros (sin contar los folletos o prospectos); cada año veinte mil propagandistas viajan por el mundo, quinientos mil agentes actuan...; cada semana, en fin, se emiten ciento treinta mil horas de propaganda radiofónica... para el triunfo de la Revolución Universal.» Yo me pregunto ¿hoy en cuanto habrá aumentado todo esto?

Es cierto que el salmo III dice que «el deseo de los pecadores perecerá» y que entre las promesas de Cristo está aquella de que las puertas del Infierno no prevalecerán contra su Iglesia; pero cabe preguntarse si ese castigo divino aprovechará a los hijos de la luz, sobre todo cuando se nos puede decir con Paul Claudel: «Vosotros, los hijos de la luz, ¿qué habéis hecho de la luz?». Me parece que todos tendremos que hacernos esta pregunta y quizás contestarnos con la sinceridad del que no quiere engañarse a sí mismo, que en mayor o menor grado la apagó o cerró sus ojos para no verla y dormir plácidamente sobre el césped del Huerto de Getsemaní en una bella noche de primavera, con el amargo despertar del beso de Judas. Los falsos buenos son el nervio del reino de Satán, como acusaba San Pío X; los tibios, dice el Apocalipsis que Dios los vomitará de su boca.

Como cristianos hemos de acogernos, como dice San Pablo (43), a la verdad que nos salva; pero no basta con que yo quiera salvarme,

---

(42) *Para que Él reine*, pág. 357.

(43) *II a los Tesalonicenses*, 2-10.

Fundación Speiro

porque como también nos dice San Pablo (44) «a todos se nos ha dado la manifestación del Espíritu para común utilidad», ¿Qué hacer y cómo?

Michel de Penfentenyo nos contesta (45): «Si la sociedad más está para huir de ella que para buscarla (frase de Pío XI), si los poderes políticos (...incluso los religiosos), lejos de llenar su cometido, entregan las familias a los poderes de la corrupción, entonces es necesario que las familias resistan juntas. No resistirán solas. Pero, impotentes para cambiar la sociedad, deben rehacer sociedades de mutuo sostén, unas microsociedades capaces de armarse, de defender sus libertades cristianas, de realizar juntas las funciones simples de toda sociedad cristiana: enseñar a los niños, evangelizarlos, formarles en sus deberes cívicos, armarlos con miras a los terribles combates que tendrán que tener contra la sociedad apóstata, que se alza contra todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto (San Pablo, II ad Tesalonicenses)... con la Gracia de Cristo Rey, por la mediación de María Reina».

Es todo un panorama, que aún puede ser mayor si nuestra entrega es total. En la última frase de Penfentenyo está condensada la esperanza teologal: «Con la Gracia de Cristo Rey, por la mediación de María Reina».

Tenemos un orden natural que se destruye y un orden sobrenatural contra el que se estrellarán las fuerzas del mal. Pero yo me pregunto: ¿Realmente es totalmente destructible el orden natural?

Si bien miramos, en ese destejer y tejer de nuevo, que es el cambio revolucionario, no olvidemos que los materiales son los mismos, averiados, corrompidos y, desde luego, mal tejidos, pero nunca creados por el hombre, por mucho que se sienta creador; siguen siendo la obra de Dios Creador y tienen el sello de su Ley; son los mismos materiales que nosotros podemos utilizar para seguir construyendo la Ciudad de Dios.

Tomad de entre esos materiales de derribo, por ejemplo, aquellos que componen la familia: un hombre, una mujer, unos hijos

---

(44) *I Corintios*, 12-7.

(45) Ob. cit., pág. 24.

Fundación Speiro

que se engendran; todo esto podrá ser ateo, estar corrompido, podrán odiarse entre sí y ser odiados y perseguidos, estarán metidos en el fango de la ciudad satánica, pero en cualquier momento, en un instante, pueden volver a ser cristianos y no admito que nadie crea que esto pueda ser una novedad en la Historia de la Iglesia.

Si el mundo se ha de salvar, y se salvará cuando la Divina Providencia así lo tenga previsto, lo salvará la familia.

Un día, Dios castigó al mundo con el Diluvio Universal y salvó a una familia en un arca; no os quepa duda, que en este inmenso diluvio que parece avecinarse, si alguien se salva, será de nuevo una familia, no en un arca, sino en la barca de Pedro, junto al Pescador, para asegurarle un sucesor, en el timón de la Iglesia, ya que no puede faltar el timonel hasta que no llegue el fin de los tiempos. «Ubi Petrus, ibi Ecclesia» y sin que las puertas del Infierno, recordadlo, puedan prevalecer contra ella.

Me viene a la memoria que en las Jornadas del pasado año, recordaba que el Concilio Vaticano II (46) había dicho que la familia era una pequeña Iglesia, una Iglesia doméstica; si es así, y está fuera de duda, que nadie crea que las puertas del Infierno puedan prevalecer contra la familia cristiana. Cristo tiene empeñada su Palabra.

(46) *Lumen Gentium*, I-11.

Fundación Speiro